

GUILLERMO HOYOS VÁSQUEZ
1 de septiembre de 1935 – 5 de enero de 2013



IN MEMORIAM
GUILLERMO HOYOS VÁSQUEZ
1 de septiembre de 1935 – 5 de enero de 2013

LA DESAPARICIÓN DE NUESTRO ENTRAÑABLE AMIGO, maestro, colaborador y miembro del Comité Asesor (desde 1997) y del nuevo Comité Científico de *Universitas Philosophica* (desde 2006), el DR. GUILLERMO HOYOS VÁSQUEZ, nos llena de profunda tristeza y dolor. Su decidido, entusiasta e incondicional vínculo con la que fue su casa permanente: la Pontificia Universidad Javeriana y, en ella, la facultad de Filosofía, así como con este espacio de comunicación filosófica en el mundo de habla castellana, deja un vacío irreparable del que intentamos escapar rindiendo en estas páginas un hondo tributo a su insigne memoria. Asimismo, expresamos nuestra gratitud y solidaridad con su amada y abnegada esposa, Patricia Santamaría.

El valiente testimonio de una vida auténticamente filosófica que aunó sentimiento sincero, pensamiento crítico y acción pública con honestidad, amistad, generosidad y solidaridad en una Colombia desgarrada, son ahora prenda de la real inmortalidad de Guillermo. Su herencia invaluable –¿habría que repetirlo?–, no puede ser efectivamente recibida sin acometer el desafío creativo a que nos llama. Ese, ciertamente, será el espacio fecundo para que su memoria germine en nuestra historia.

Presentamos aquí las palabras pronunciadas en sus exequias por dos de sus más caros amigos: P. Fabio Ramírez Muñoz, S.J. y Ángela Calvo de Saavedra. Hacemos eco de ellas con la certeza de que allí resuenan también las voces de muchas más personas y colectividades a las que ‘Guillo’ sirvió con su entrega filosófica vital.

Palabras del P. Fabio Ramírez Muñoz, S.J. en las exequias

Monición

LA EUCARISTÍA, CON LA QUE VAMOS A DESPEDIR a nuestro querido amigo, maestro y colega Guillermo Hoyos Vásquez, es un acto espiritual, de fe para muchos

de los presentes y, para todos, un espacio de meditación serena, a la que nos da ocasión esta muerte que nos duele, lo digo de nuevo, de un amigo, de un maestro, de un colega y de un ciudadano.

Por eso los invito a que recojamos un momento nuestro espíritu y nos preparemos para la celebración de esta Eucaristía.

Homilía

ANTES DE DECIR OTRAS COSAS, quiero decirles en confianza que me tranquiliza, en este momento, pero me apena al mismo tiempo, el que Guillermo no va a contradecir o discutir lo que yo diga.

No voy a hacer, ni siquiera intentar hacer, una semblanza o un elogio de Guillermo Hoyos. Más elocuente que lo que yo pueda decir es la presencia de ustedes, de todos nosotros, que lo conocimos a través de su vigorosa y universal personalidad.

Acompañamos a su esposa Patricia, a su sobrino Jorge Mario, a sus demás familiares, sus amigos, sus discípulos, que de muchas maneras fuimos todos, sus colegas y muchas personas que lo quisimos y lo acompañamos en la vida pública y universitaria y en el múltiple quehacer filosófico. Los que pertenecemos al ámbito universitario y filosófico podemos dar con nuestra presencia testimonio de lo que fue la personalidad de Guillermo. Su magisterio fue principalmente en la Universidad Nacional, también en muchas otras universidades, pero la Javeriana, también aquí presente, fue su hogar universitario primero y último, del que lo acompañamos con afecto discípulos, amigos y colegas.

¿Por qué despedir a Guillermo con una Eucaristía? Para los creyentes, la Eucaristía es, más que cualquier otra cosa, el acto en que no solamente recordamos a Jesús de Nazaret, el Cristo Ungido de Dios, sino en el que lo sentimos presente en la fe. Esa presencia se hace real en la comunidad que ora, y en los símbolos de la vida compartida, el pan y el vino bendecidos.

Creo que todos nosotros, aun los que no tienen esa fe, podemos hacer memoria de Jesús, de su mensaje y su vida, con los que anunció un amor universal y pacífico a todos los hombres y mujeres, sin exclusiones, sin hipocresías, sin intereses no confesados.

En esa vida de Cristo Jesús estaba la inspiración y fuerza original del compromiso vital de Guillermo Hoyos. Por eso, acompañarlo en esta despedida con la presencia en la fe y en el recuerdo de Cristo, es estar en comunión profunda con lo que Guillermo fue: amigo, generoso, vital, consagrado a la razón y a la verdad, profundamente cristiano.

Para los creyentes, esa presencia de Cristo, el que nos revela a un Dios que nos ama, cuando se reúnen y comparten el pan y el vino bendecidos, es, ante el desgarramiento de la muerte de los que queremos, el fundamento profundo de la paz y la esperanza.

Palabras de Ángela Calvo de Saavedra en las exequias

LA VIVENCIA DE LA AUSENCIA DE GUILLO ES EL SILENCIO, ese vacío que nos convoca hoy y que, estoy segura, cada uno de nosotros intenta conjurar un poco, con ayuda de la memoria polifónica de la huella peculiar que ha dejado su palabra en nuestras vidas.

En particular, resuenan desde ayer en mí sus palabras en nuestro último encuentro, iluminado por la magia de esa lucidez extrema y la plena conciencia que suele preceder a la partida y opaca la experiencia de la precariedad del hilo que aún nos mantiene aferrados a la vida: “no te voy a conversar mucho, porque me canso”. Ahora comprendo su sentido; fue quizás la forma más sutil y cariñosa de cerrar un diálogo ininterrumpido durante cuatro décadas, diálogo sostenido en las más diversas circunstancias y en las casi infinitas tonalidades que la voz humana puede explorar. Esa historia fascinante de conversación se inició con las tímidas preguntas de una mente adolescente asombrada ante la presencia de un maestro, de un filósofo, y se fue tejiendo a lo largo de los años con los hilos del afecto, de la admiración, de la confianza y de la solidaridad a toda prueba hasta que, de manera casi inadvertida, se fue gestando nuestra complicidad en el pensar, nos fuimos habituando a desplegar a dos voces nuestra pasión común por la enseñanza, a perseguir las intuiciones del otro, al ejercicio placentero de leer, interpretar, discutir y crear, en el escenario más propicio para dar testimonio de la libertad del pensamiento: el seminario. La alegría con que asistíamos a ese compromiso semanal, sólo alterado por contingencias ajenas a la voluntad, creo que mantuvo, semestre a semestre, la motivación de asiduos estudiantes cuyo florecimiento era la recompensa magnífica de nuestro esfuerzo. El conmovedor entusiasmo con el que participó en la reciente celebración de los

noventa años de nuestra Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana, ésa en la que comenzó y terminó su vida filosófica, y que resultó ser su último acto público, simbolizó de manera espléndida su singular habilidad para ajustar con precisión la clave de su discurso, para ponerse a tono con la diversidad del auditorio, para comunicarse sin barreras con un público plural, haciendo comprensible para todos el complejo lenguaje del concepto. En esta, como en otras intervenciones recientes, animado por el aserto de Habermas del mundo de la vida como la cosa en sí kantiana, expresó su convicción original y profunda de que las cosas mismas sólo se nos dan motivados por el sentimiento y la conversación.

El único homenaje que corresponde a un hombre grande, valiente y generoso, que vivió para buscar la palabra justa, incluyente y solidaria, que reconoció en todos a un interlocutor válido, es atender con cuidado a los ecos que de su voz conservamos y rescatar con coraje, en medio del dolor que nos embarga, la fuerza para retomarla y, así, a la par que honramos su memoria, quizás podamos convertimos en artífices del porvenir que alentaba sus sueños: una ciudadanía plena, abierta sin prejuicios a la diferencia, garante de una vida en común que valga la pena de ser vivida.